MO XIANG TONG XIU

1

La bendición del Oficial del Cielo

Tian Guan Ci Fu

NORMA Editorial

La bendición del Oficial del Cielo

Published originally under the title of 《天官赐福》(Tian Guan Ci Fu) 1
Author © 墨香铜臭 (Mo Xiang Tong Xiu)
Spanish edition rights under license granted by © 北京晋江原创网络科技有限公司
(Beijing Jinjiang Original Network Technology Co., Ltd)

Ilustraciones cedidas bajo licencia por Reve Books Co., Ltd.
Ilustración de portada e ilustraciones a color © 日出的小太陽 (tai3_3)
Ilustraciones interiores ©Zelda ZW

Spanish edition copyright © 2024 NORMA EDITORIAL S.A.
Spanish edition arranged through JS Agency Co., Ltd, Taiwan
All rights reserved.

Publicación de Norma Editorial, 2024
Norma Editorial, S.A. Passeig de Sant Joan, 7, principal.
08010 Barcelona. Tel.: 93 303 68 20
E-mail: norma@normaeditorial.com

Traducción: Javier Román García
Edición externa: Red Cameo
Diseño gráfico: Cuadratín Estudio
Corrección: Laura Calvo

Depósito legal edición regular: B 19223-2023
Depósito legal edición especial: B 19224-2023
ISBN edición regular: 978-84-679-6673-2
ISBN edición especial: 978-84-679-6674-9
Printed in the EU

La bendición del Oficial del Cielo

Tian Guan Ci Fu

1

MO XIANG TONG XIU

Traducción: Javier Román García

NORMA Editorial

Índice

Prólogo 9

CAPÍTULO 1
El inmortal chatarrero entrando por tercera vez
a la capital celestial 25

CAPÍTULO 2
Tres bufones: discusión nocturna
sobre el templo del Gigante Yang 53

CAPÍTULO 3
El fantasma toma una esposa; el Príncipe Heredero
se monta en el palanquín nupcial 75

CAPÍTULO 4
Un templo oculto en las montañas
y el bosque de cadáveres colgantes 117

CAPÍTULO 5
El fantasma vestido de rojo y la quema
de templos literarios y de la guerra 163

CAPÍTULO 6
Ropajes más rojos que el arce,
piel más blanca que la nieve 187

CAPÍTULO 7
Charlas en el templo del Bodhisattva,
cuentos astutos sobre el paso de la Media Luna 235

CAPÍTULO 8
Acortando distancias,
perdidos en la tormenta de arena 263

CAPÍTULO 9
La noche cae sobre el Pozo de los Pecadores 337

CAPÍTULO 10
El Maestro del viento de blanco,
rugen tormentas de arena de la nada 401

CAPÍTULO 11
Tanteando al Rey Fantasma, el Príncipe Heredero
quiere saber la verdad 435

Apéndices 459

Prólogo

Entre los dioses del cielo hay uno que es el famoso hazmerreír de los tres mundos.

Cuenta la leyenda que hace ochocientos años, en la llanura central de China, había un reino llamado Xianle[1].

El antiguo reino de Xianle era un inmenso territorio con gran abundancia de recursos, habitado por gentes alegres que vivían en paz y armonía. Era famoso por sus llamados «cuatro grandes tesoros»: gente muy guapa; melodías sublimes; mucho, muchísimo oro y todo tipo de piedras preciosas. Además, contaba, claro está, con su archifamosa majestad el Príncipe Heredero.

Este Príncipe Heredero era, cómo decirlo… un poco raro.

---

1 La pronunciación estándar del segundo carácter de «Xianle» es «le», pero se puede pronunciar «yue» si se quiere, ya que ni siquiera los propios nativos del reino se ponen de acuerdo con la pronunciación. En el original, el segundo carácter del reino de Xianle, 乐, tiene dos pronunciaciones en mandarín: «le» y «yue», dependiendo de la palabra en la que se encuentre. (*Todas las notas de este libro son del traductor*).

Tanto el rey como la reina lo trataban como si fuera una perla delicada, mimándolo en exceso y deshaciéndose en halagos a cada instante. «Por fuerza, mi hijito ha de ser un magnífico caballero», lo adulaban, «y su fama perdurará a lo largo de las generaciones».

Sin embargo, en lo que concernía a cuestiones mundanas tales como el poder de la casa real y las riquezas, el Príncipe Heredero no sentía el más mínimo interés. Lo que a él le apasionaba era, usando sus propias palabras…

«¡Salvar al pueblo!».

Cuando el príncipe era niño, se dedicó en cuerpo y alma a adiestrarse en las artes cultivadoras. Circulaban ampliamente dos historias sobre él con respecto a aquella época.

La primera ocurrió cuando tenía diecisiete años. Aquel año, en el reino de Xianle se celebraron unos fastuosos ritos para el festival de Shangyuan, que incluía un gran desfile ceremonial en honor a las deidades y los ancestros.

A pesar de que esta tradición cayó en desuso hace ya siglos, aún es posible imaginar de qué clase de efusivo y esplendoroso festejo se trataba a través de los antiguos escritos y relatos orales que aún hoy perduran. El festival de Shangyuan, la procesión del Guerrero Sagrado. A ambos lados se agolpaba la multitud. Príncipes y nobles conversaban y reían en lo alto de las edificaciones; la imponente guardia real se abría paso entre el gentío con sus refulgentes armaduras; las jóvenes bailaban con sinuosidad, y de sus níveas manos se desprendían flores hasta cubrir todo el cielo con un manto de colores. Aunque, por hermosas que fueran, no podían compararse a las muchachas que las lanzaban en delicadeza y finura. De los carros de

oro emanaba una música meliflua que flotaba por cada rincón de la ciudad imperial. Y cerraban la procesión dieciséis caballos blancos con riendas doradas, dispuestos en dos filas paralelas, que tiraban de la plataforma ceremonial.

Y era sobre esta grandiosa plataforma donde precisamente se posaban las miradas de toda la muchedumbre para admirar al guerrero auspiciador. En la procesión del festejo, el guerrero auspiciador debía portar una máscara de oro, vestir con elegantes ropajes y empuñar una espada de doble filo para encarnar el rol del emperador Jun Wu, el primer dios de la guerra, que hacía varios milenios había logrado doblegar y someter por igual a monstruos y demonios.

Ser elegido como el guerrero auspiciador era un honor inigualable, por lo que los criterios de selección eran extremadamente rigurosos. Ese año, el elegido fue su alteza el príncipe. La nación entera confiaba en que él sería el guerrero auspiciador más esplendoroso de la historia.

Pero aquel día sucedió algo imprevisto.

Y ocurrió justo cuando la guardia de honor estaba dando su tercera vuelta alrededor de la ciudad y se disponía a atravesar las murallas de varias decenas de metros de altura: en aquel instante, durante la escenificación sobre la plataforma ceremonial, el guerrero auspiciador se disponía a matar de una estocada a los demonios. Este era el punto álgido que todo el mundo estaba esperando, y ambos lados de la procesión eran un hervidero de expectación. Todos los asistentes se agolpaban incluso sobre las murallas, y los que estaban abajo se empujaban, estirando el cuello y poniéndose de puntillas para lograr atisbar el escenario.

Y fue entonces cuando un niño pequeño se cayó de una de las torres.

Los gritos llegaron hasta el cielo. Justo cuando la gente pensaba que aquel año la procesión del guerrero auspiciador iba a ser regada con la sangre de un niño, el príncipe agitó suavemente la cabeza y de inmediato se lanzó a coger al pequeño en sus brazos. El pueblo solo alcanzó a ver una sombra blanca que emprendía el vuelo como un ave para, al segundo siguiente, ver al príncipe posando al niño en el suelo con suavidad. La máscara de oro se le desprendió, mostrando un rostro joven y apuesto.

Al instante la multitud estalló en vítores.

El pueblo no cabía en sí de júbilo, pero a los cultivadores del reino todo esto les parecía un quebradero de cabeza enorme. Jamás se habrían imaginado que en la procesión pudiera haber un fallo colosal.

¡Esto era un mal augurio, muy muy mal augurio!

Cada vuelta que la plataforma ceremonial daba alrededor de la ciudad simbolizaba todo un año de paz y prosperidad para el reino; el hecho de que se hubiera interrumpido, ¡¿acaso no era el presagio de que se avecinaba algún desastre?!

De las arrugadas frentes de los cultivadores del reino caía sudor como goterones de lluvia, y examinaban preocupados las posibles causas e implicaciones que pudiera tener esto en el futuro. Llamaron al príncipe y no dejaron de sugerirle con indirectas:

—¿Podría su majestad meditar frente a la muralla durante un mes en señal de arrepentimiento?

—No haría falta meditar de verdad, solo con aparentar un poco bastaría.

—No quiero —contestó el príncipe con una sonrisa. Y añadió—: Salvar a alguien no es nada malo, ¿por qué me habría de castigar el cielo si he hecho lo correcto?

Eh… ¿y si, aun así, el cielo te castiga?

—Entonces se equivoca y, en ese caso, ¿por qué, si tengo razón, he de disculparme ante quien no la tiene?

Los cultivadores del reino no supieron qué decir. Su majestad el príncipe era esa clase de persona. Omnipotente y querido por todos, él era la justicia personificada, el centro del universo.

Por eso, a pesar de que los cultivadores del reino en su fuero interno lo estaban pasando fatal («¡no entiendes una mierda!»), no sabían qué decir ni se atrevían a hablar. Y, de todas formas, su majestad no los escucharía.

La segunda historia también tuvo lugar cuando el príncipe tenía solo diecisiete años.

Cuenta la leyenda que había un puente al sur del río Amarillo llamado Yinian por el que deambulaba un fantasma desde hacía muchos años. Era un espíritu aterrador: enfundado en su armadura y empuñando una espada endiabladamente afilada, dejaba a su paso un reguero de sangre, fuego y desolación. Cada pocos años, se aparecía de repente por la noche, vagando por el puente y deteniendo a los transeúntes para hacerles tres enigmáticas preguntas: «¿qué mundo es este?», «¿de quién es este cuerpo?», «¿para qué sirve?».

Si la respuesta era incorrecta, el fantasma los devoraba de un bocado. El problema era que nadie sabía cuál era la respuesta correcta, así que a lo largo de los años el fantasma se había zampado ya a innumerables transeúntes.

Al enterarse de aquella historia durante uno de sus viajes, el príncipe fue hasta el puente de Yinian y montó guardia durante varios días sin descanso. Una noche por fin se topó con el fantasma causante de todas aquellas calamidades. El espíritu apareció y, efectivamente, era tan espantoso como se rumoreaba. Abrió la boca para hacerle al príncipe la primera pregunta, a la que él respondió:

—Este es el mundo terrenal.

El fantasma replicó:

—Este es el inframundo.

Empezaba bien, no era más que la primera pregunta y ya la había contestado mal.

El príncipe pensó: «A ver, si, de todas formas, no voy a acertar ni una, ¿para qué esperar a las tres preguntas?». Así que desenfundó su espada y empezó a liarse a golpes. La batalla duró hasta el anochecer. El príncipe era un guerrero diestro en las artes marciales, pero el fantasma embestía tenazmente con feroces ataques. Hombre y espíritu se batieron sobre el puente largo tiempo, y parecía que la lucha iba a extenderse de sol a sol; sin embargo, finalmente, el fantasma fue derrotado antes del amanecer. Tras ser vencido, desapareció, y el príncipe plantó un árbol en flor en la cabeza del puente. En ese instante pasó por allí un cultivador que justo lo vio esparcir una palada de tierra amarilla a modo de despedida.

—¿Qué estás haciendo? —quiso saber.

Fue entonces cuando el príncipe pronunció aquellos célebres versos:

—*…con los pies en el infierno,*

y la mirada en el cielo.

El cultivador, al oír esto, sonrió ligeramente, se transformó en un general inmortal ataviado con una armadura blanca y se alzó sobre las nubes auspiciosas que avivaban las ráfagas de viento, emitiendo un intenso halo de divinidad. Solo entonces comprendió el príncipe que se encontraba ante el emperador Shenwu, que había bajado a la tierra en persona para doblegar y someter a los demonios.

Las diosas y los inmortales allá en los cielos ya se habían fijado en el príncipe cuando, en su rol de formidable guerrero auspiciador durante el ritual celestial de Shangyuan, saltó para salvar al niño que se había precipitado al vacío. Tras este encuentro en el puente Yinian, uno de los inmortales le preguntó al emperador:

—¿Qué opina usted de este príncipe?

Y este respondió a su vez con otros dos versos en tono épico:

—*El futuro de este hijo*

es espléndido e ilimitado.

Aquella misma noche en el palacio imperial ocurrieron fenómenos meteorológicos anómalos, con viento huracanado y lluvias torrenciales. Envuelto en aquel estruendo de truenos y el refulgir de los relámpagos, su alteza ascendió a los cielos.

Siempre que alguien ascendía a los cielos, el reino celestial sufría un temblor violento. Sin embargo, cuando su alteza ascendió, fueron tres las sacudidas que estremecieron todo el cielo.

Alcanzar la inmortalidad a través de la cultivación era muy muy difícil. Hacían falta un talento innato, mucho trabajo duro y, bueno, también un poco de suerte. El nacimiento de un nuevo dios era la culminación de un largo y lento recorrido que solía extenderse a lo largo de varios siglos.

Tampoco es que no hubiera habido antes otros jóvenes capaces de ascender al cielo y convertirse en inmortales; pero los que se pasaban toda la vida practicando la cultivación ardua y abnegadamente cada día para, finalmente, no ser capaces ni de llegar a las pruebas de ascensión eran la inmensa mayoría. Incluso si llegaban a las pruebas, los que no lograban superar este último obstáculo acababan muertos, o bien mutilados. Eran como los innumerables granos de arena del Ganges: llegaban así al final de sus tristes vidas, y era un final bastante mediocre. No eran más que otro puñado de ilusos sin talento, incapaces de encontrar su propio camino.

Su majestad el príncipe era, sin ninguna duda, el hijo predilectísimo de los cielos. Conseguía todo lo que quería, hacía todo lo que se le antojaba y, cuando le vino en gana ascender al cielo para convertirse en divinidad…, pues fue y lo logró, claro. Y todo a la tierna edad de diecisiete años.

Ya que el príncipe era una figura muy querida por el pueblo y, además, el rey y la reina echaban mucho de menos a su querido hijo, se ordenó la construcción de palacios y templos en cada rincón del reino, tallando grutas enteras y erigiendo estatuas para que todo el mundo las adorara. Cuantos más fieles había, más palacios y templos se construían; y, cuanto más longevo era como inmortal, más fuerte era su poder mágico, de modo que en pocos años el palacio

del príncipe de Xianle alcanzó su punto álgido de popularidad, con un esplendor y una suntuosidad inigualables… hasta que, tres años después, estalló el caos.

El origen del embrollo fue que, debido a la tiranía de un señor feudal, hubo un levantamiento popular. Sin embargo, aunque en el mundo terrenal se estaba librando una guerra en todos los frentes, los inmortales celestiales no podían intervenir a su antojo. A menos que los demonios y los monstruos se inmiscuyeran y violaran las fronteras entre los tres reinos, los inmortales permanecían impasibles ante las guerras de los humanos en el reino mortal. Imagínate si todos interfirieran en cada uno de los conflictos que había en el mundo humano: cada uno se creería siempre con la razón y, si un día tú apoyaras a tal reino, al día siguiente el otro estaría ayudando a los descendientes de los vencidos a vengarse, y al final los dioses acabarían peleándose los unos con los otros hasta que la luz del sol y la luna se extinguieran totalmente. Además, en un caso como el de su majestad el príncipe, adorado en todas partes, era especialmente importante evitar cualquier tipo de sospechas sobre su favoritismo por cualquier reino.

Pero eso a él no le importaba lo más mínimo.

—Quiero salvar al pueblo —le anunció al emperador.

Ni siquiera este, con sus mil años de poder divino a las espaldas, se atrevía a poner esa clase de palabras en sus labios a la ligera, por lo que os podéis imaginar lo que pensó al oír al príncipe decir esto. No obstante, se limitó a observar:

—No puedes salvar a todo el mundo.

A lo que el príncipe repuso:

—Sí que puedo.

Y así, sin más, descendió al mundo de los mortales.

Como era de esperar, los habitantes del reino de Xianle lo recibieron con grandes celebraciones. Sin embargo, los cuentos populares, desde tiempos inmemoriales, no se cansan de advertirnos de esta gran verdad eterna: que los dioses desciendan al mundo de los mortales por su propia cuenta y riesgo nunca presagia nada bueno. Y, así, las llamas de la guerra no solo no se apagaron, sino que crepitaron con aún mayor violencia.

No es que su alteza el príncipe no se dedicara en cuerpo y alma a intentar poner orden, pero le habría valido más no haberse esforzado tanto. Cuantas más ganas le echaba, mayor era el desastre en el campo de batalla. Los habitantes de Xianle eran masacrados; sus cabezas, cortadas y su sangre, derramada formando ríos, con un brutal número de muertos y heridos. Finalmente, una plaga acabó arrasando toda la ciudad imperial, los sublevados se abrieron paso hasta el palacio real y el caos de la guerra llegó a su fin.

Si de primeras el reino de Xianle ya estaba en los estertores de la muerte, se podría decir que su alteza el príncipe terminó de rematarlo. Tras la completa aniquilación de su reino, el pueblo por fin se dio cuenta de una cosa: resultaba que el príncipe, al que habían adorado como a un dios, no era ni tan perfecto ni tan poderoso como habían imaginado.

Hablando mal y pronto, ¡¿acaso no era un completo inútil, un fantoche de mucho ruido y pocas nueces?!

Sin otra manera de desfogarse ante la pérdida de sus hogares y sus familias, el pueblo, maltrecho y enfurecido, irrumpió en el palacio del príncipe, derribando estatuas e incendiando altares a su

paso. Ocho mil templos de cultivación ardieron durante siete días y siete noches hasta que no quedó ni uno en pie.

Entonces aquel dios de la guerra que velaba por la paz en el mundo desapareció para dar paso al nacimiento de un dios pestilente que causaba todo tipo de calamidades.

Si la gente dice que eres un dios, pues vale, eres un dios; y, si la gente dice que eres un mierdas, pues vale, eres un mierdas. Eres lo que la gente te dice que seas. Y ya está.

Su alteza el príncipe no podía aceptar este hecho de ninguna de las maneras. Y lo que le resultaba aún más insoportable era el castigo que ahora le esperaría: el descenso, que sellaran sus poderes y lo arrojaran al mundo de los mortales.

Desde niño siempre se había criado entre algodones, nunca tuvo que padecer estrecheces mundanas. Pero aquel castigo lo hizo caerse de las nubes para estamparse de lleno contra el barro y experimentar por primera vez en sus labios el sabor del hambre, la pobreza y la mugre. También por primera vez se vio obligado a hacer cosas que nunca en su vida había imaginado: robar en casas (y a personas), meterse en peleas y, en definitiva, tirar la toalla respecto a sí mismo. Con su prestigio y su autoestima por los suelos, había llegado a un punto de total desesperación: le daba absolutamente igual todo y se empeñó en rebajarse tanto como le fuera posible. Hasta tal punto fue así que ni sus seguidores más leales pudieron aguantar aquella transformación tan horrorosa y optaron por marcharse.

Las famosas doce palabras «Mi cuerpo está en el infierno, mi corazón está en el cielo» seguían adornando cada rincón de Xianle, grabadas en estelas de piedra de todo tamaño y forma, y, si no fuera

porque habían quedado casi todas calcinadas tras la guerra, su alteza probablemente habría sido el primero en destrozarlas nada más toparse con ellas. El mismo que decía toda esa bonita palabrería había demostrado que, a la hora de la verdad, cuando era su propio cuerpo el que se las veía en el infierno, su corazón no era capaz de permanecer en el cielo ni de coña. Si había sido rápido en ascender al cielo, más rápido aún había vuelto a la tierra. Shenwu a veces le lanzaba una mirada de soslayo desde el reino celestial, recordando como si fuera ayer cuando se topó con él en el puente de Yinian. Pero el resto de los inmortales, tras lanzar un breve suspiro, dejaron el pasado atrás y se olvidaron del príncipe por completo.

Hasta que un buen día, tras muchos años, sonó un estruendo ensordecedor en los cielos. Y ahí estaba de nuevo su majestad el príncipe, que por segunda vez ascendía al paraíso.

A lo largo de la historia de los dioses caídos, o bien jamás se recomponían de aquel descenso, o directamente acababan en el infierno, por lo que no había muchos que hubieran sido capaces de levantarse tras un tropiezo así de gordo. De ahí que la segunda ascensión a los cielos fuera merecidamente considerada como algo insólito, sensacional y sin precedentes. Más inaudito aún fue que, nada más ascender, irrumpiera en el reino celestial poseído por una ira asesina, repartiendo puñetazos y patadas, matando a todo aquel que se cruzara en su camino. Así que su nueva ascensión duró lo que tarda una varita de incienso en consumirse, y rápidamente lo volvieron a echar a hostias, poniendo fin a su ascenso.

Lo que dura una varita de incienso: posiblemente la ascensión a los cielos más abrupta y efímera de la historia. Si la primera había

sido como una bonita historia de superación, la segunda fue una tragicomedia lamentable.

Por dos veces consecutivas el reino celestial sufría una enorme conmoción, y así empezó a sentir una profunda aversión hacia el príncipe. Bueno, no solo aversión; la verdad es que también le tenían un poco de miedo. Después de todo, si la primera vez que lo hicieron descender del cielo se había sumido en aquella desesperación autodestructiva y suicida, ¿acaso la segunda vez no se cebaría contra los humanos con la cólera de mil demonios?

Quién habría pensado que, después del segundo descenso, no se comportaría como un demonio vengativo, sino que se adaptaría a la vida de dios caído con bastante apacibilidad. No había ningún problema o, bueno, el único problema era que se lo estaba tomando un poco… un poco demasiado en serio.

A veces se dedicaba a trabajar como músico callejero, cantando y tocando todo tipo de instrumentos con gran maestría o vendiendo artesanía a los transeúntes. Incluso hacía de artista ambulante, partiéndose rocas en el pecho desnudo como si fueran de mantequilla. Y, aunque todo el mundo ya había oído antes que su alteza el príncipe era un excelente cantante y bailarín, agraciado con múltiples talentos en las más diversas disciplinas, lo cierto era que causaba, cuando menos, sentimientos contradictorios tener que verlo en ese estado tan deplorable. Otras veces se lo podía ver recogiendo chatarra con gran diligencia y esmero.

Todos los dioses inmortales de los cielos estaban consternados. La situación había llegado hasta tal extremo que, si hoy en día le dices a alguien «tu hijo es el príncipe de Xianle», es mucho más malicioso

que insultarlo con un «ojalá se muera toda tu descendencia». Aunque, en realidad, al menos él había tenido la oportunidad de haber sido una vez un hermoso príncipe de sangre azul, un divino inmortal; y, pese a que ahora hubiera caído tan bajo, seguía siendo alguien cuyas hazañas eran legendarias. Pensándolo bien, convertirse en el hazmerreír de los tres mundos seguía siendo una proeza digna de elogio.

Después de reírse a carcajadas pensando en aquello, algunos sentimentales también dejaban escapar un hondo suspiro: aquel que antaño fuera el orgulloso hijo de los cielos realmente había desaparecido para siempre. El ídolo cayó, su reino fue aniquilado, no quedó ni un solo devoto que lo adorara, y poco a poco el mundo fue olvidándose de él, de modo que nadie sabía adónde había ido a parar el príncipe.

Si descender una vez ya era una gran deshonra, de hacerlo dos veces ya nadie lograría recomponerse.

Y pasaron otros muchos años hasta que, de repente, un día se oyó otro estruendo en el cielo. Cielo y tierra se resquebrajaron, retumbando con un ensordecedor seísmo. El fuego de los altares, que permanecía encendido día y noche, tembló haciendo oscilar sus llamas con violencia. Todos los dioses se despertaron de un salto en sus palacios dorados y corrieron de un lado a otro, preguntándose:

—¿Qué nuevo dios ha ascendido? En serio, ¡este temblor es demasiado!

Quién iba a imaginar una escena así: no habían terminado de decir aquellas palabras cuando, al instante siguiente, todos los dioses y las diosas del cielo habían sido abiertos en canal de un solo tajo. Apenas terminaba con uno, ¡y ya estaba atravesando a otro! Aquel célebre bicho raro, el famoso hazmerreír de los tres mundos, el legendario príncipe, su… su… su puta madre, ¡había vuelto a ascender!

Xie Lian, el príncipe heredero del próspero reino de Xianle, es un joven lleno de virtudes: excelso en el estudio de las artes de la cultivación, hermoso, fuerte y de convicciones puras. Son tantos sus dones que no tarda en ascender como inmortal a la corte celestial. Sin embargo, Xie Lian tiene un defecto: su tremenda mala suerte, que lo lleva a cometer tales errores que acaba siendo desterrado de los cielos, regresando al mundo terrenal. Y esta hazaña se repite no una, ¡sino tres veces!

Ochocientos años después de su primer ascenso, Xie Lian se encuentra de nuevo en el reino mortal, dispuesto a obtener los méritos necesarios para ser perdonado por el resto de inmortales. Para ello, deberá llevar a cabo todo tipo de trabajos para la corte celestial, desde resolver misterios hasta enfrentarse a demonios y fantasmas.

En uno de sus viajes conoce a un alegre joven, San Lang, con el que siente una inmediata conexión. Sin embargo, detrás de su sonrisa, San Lang parece esconder algo mucho más enigmatico… hasta siniestro…

NORMA Editorial

978-84-679-6673-2

www.NormaEditorial.com